

The Mirror Column
6-20
Bishop William Joensen

Día – y Noche – del Padre

Al final de la marcha en contra del racismo el pasado 1ero de junio en la fachada oeste del Capitolio Estatal de Iowa, el representante Aki Abdul-Samad invitó a todos los presentes a arrodillarse en oración. Me uní a las aproximadamente mil personas presentes en el evento arrodillándome con ambas rodillas en el pavimento. Fue un gesto sencillo y en mi mente estábamos invocando a Dios para que nos llevara de nuestra presente situación de agitación social a algún lugar en donde se cumple con la justicia, se reconocen los derechos humanos y en donde hermanos y hermanas pueden finalmente vivir en paz.

El arrodillarnos frente a Dios es una posición muy familiar en la Misa, y más allá de los católicos, quienes creemos que solamente Dios es digno de adoración, porque solamente él tiene posesión sobre nuestras vidas, las cuales compró con la sangre de Cristo en la Cruz. Sin embargo en estas semanas pasadas ha habido muchos arrodillándose en nuestro país; personas de diversas profesiones de fe y con diferentes intenciones: el arrodillarse es una forma de reducir tensiones entre manifestantes y la policía, ya sea un gesto de solidaridad por el deseo común de vivir en armonía unos con otros, o como un llamado a las autoridades civiles de que bajen las armas que portan y cedan ante los derechos que tienen los manifestantes de libertad de expresión y de libre congregación todo el día y toda la noche. El arrodillarse también puede recordarnos sobre el acto letal en donde el oficial de policía asfixió a George Floyd cuando retenía su cuello sobre el suelo durante casi nueve minutos; esto nos llama a identificarnos a nosotros mismos alternativamente

debido a nuestra complicidad con los opresores o a nuestra solidaridad con los oprimidos de nuestra sociedad.

El arrodillarse también puede verse por medio del lente de la sumisión, el cual probablemente tiene varias motivaciones: puede demostrar ser más poderoso que yo mismo, para quien la resistencia es inútil y ultimadamente peligrosa. La sumisión puede ser el inicio hacia un intercambio en donde yo renuncio a mi demanda esperando que pueda lograr beneficios a largo plazo, un cálculo prudente de lo que vale y de lo que no vale la pena al mantenernos en nuestra posición. O puede ser un gesto que inspira admiración de tributo y alabanza ante nuestro Gran Dios a quien apreciamos por su belleza, su bondad, su misterio y su misericordia.

Jesús, el Hijo y supremo don del Padre, nos ofrece su corazón, así como el manantial de su gracia, misericordia, sanación y paz frente a aquello que nos aflige. El Papa Francisco nos invita este mes – el cual incluye la Fiesta del Sagrado Corazón – a buscar dentro de la oración – el “Camino del Corazón: que todos aquellos quienes sufren puedan encontrar rumbo en sus vidas, permitiendo que el Corazón de Jesús les toque.” Teniendo en cuenta las abundantes gracias y el inconmensurable sufrimiento que vive el Sagrado Corazón, San Pablo nos aconseja que no “no se desanimen ante mis aflicciones,” pero mejor aún únense a él y a los demás al “arrodillarnos ante el Padre, por quien son nombradas todas las familias en el cielo y en la tierra.” Nuestra esperanza es que, “arraigados en el amor y en él puedan edificarse. Que sean capaces de comprender, con todos los creyentes, cuán ancho, y cuán largo, y alto y profundo es,” – y por lo tanto que puedan recibir toda la plenitud del amor de Cristo (Ef. 3:14-19).

Estamos llamados a dar testimonio radical del amor que es la forma plena de justicia que se forma en el Sagrado Corazón de Jesús. Reflexionamos pues a los hermanos y hermanas de toda raza, color, etnicidad, religión o nacionalidad la verdad de que ellos revelan el perfil de Dios

de una forma que nadie más puede lograr. Hemos visto como las protestas pacíficas en veces se tornan feas en la noche. Jesús anticipó momentos cuando “vendrá la noche, cuando nadie puede trabajar” (Juan 9:4). En la larga noche de la pandemia global y de tensiones raciales en la nación seguimos viviendo, seguimos sintiendo, incluso si Dios parece estar obstaculizado por las fuerzas en juego en esta oscuridad espiritual.

Los católicos cristianos se arrodillan ante Jesús, porque como Hijo el no se aferró a la igualdad con su Padre, sino que se vació a sí mismo, incluso convirtiéndose en esclavo por nosotros (Fil 2:6-9). Una santa mujer mística nos recuerda que cuando al Señor mismo o a un cristiano no se le acepta al compartir el Evangelio, siempre podemos orar, incluso si el dolor del rechazo está allí. Sufrimos por el Padre porque la verdad de su Hijo ha sido rechazada, pero aún así el amor de Dios envuelve la herida.

En este tiempo de conflicto en la historia de nuestra nación, podemos sentir verdaderamente lo que Jesús sintió en su pasión. Parecía incluso para Jesús que el camino hacia el Padre estaba nublado en veces porque parecía que el Padre le había retirado su rostro. Aun, así como Jesús, nosotros no nos alejamos de Dios en nuestra frustración cuando nos revela su atravesado corazón en la Cruz. Por unos momentos, el día se rindió ante la noche, y luego la oscuridad de la muerte se convirtió en el preludio de un día que no terminaría jamás.

Estamos en constante solidaridad con nuestro prójimo que sufre, especialmente aquellos que han sufrido bajo el yugo del racismo por tanto tiempo. Estamos en incesante oración por las víctimas de la violencia injusta, por los oficiales de las autoridades civiles que han tomado un juramento en favor de la paz pública, por aquellos quienes públicamente promueven la justicia y por aquellos que están a cargo de redactar leyes que estén a tono con el corazón y la mente de Dios, demostradas en el amor que Dios derramó en Cristo. Nos acercamos al 4 de julio, la fiesta

nacional en donde celebramos todo lo que es bueno y verdadero de este país, y oramos por el aumento de la paz y la justicia como lo propone nuestra liturgia, ante el Dios quien está siempre vigilante en el día y en la noche.

“Oh Dios, que muestras el cuidado de un padre ante todos, concédenos, en tu misericordia, que los miembros de la raza humana, a quienes has dado un origen único, puedan crear la paz en una sola familia y que puedan siempre estar unidos en un espíritu fraternal. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios, por los siglos de los siglos.”